

La televisión y su influjo en la sociedad

JULIÁN MARÍAS

L

a televisión es un maravilloso invento, una espléndida posibilidad de la segunda mitad del siglo XX, que se ha convertido en uno de los mayores problemas de nuestro tiempo. Conviene reflexionar sobre esta situación paradójica.

Hace ya muchos años que un juez en los Estados Unidos declaró que el televisor era uno de los objetos que no se pueden embargar, equiparándolo así a la cama, la mesa o los utensilios para guisar y comer;

es decir, que el resultado de una técnica refinada y complejísima había llegado a ser en pocos años “artículo de primera necesidad”. Y así es, y hasta en los lugares más pobres y que carecen de casi todo se ven bosques de antenas.

Es un fabuloso medio de comunicación. Algo instantáneo, que permite “asistir” a lo que sucede, añadiendo al sonido y la palabra la visualidad, es decir, la presencia. Muestra a todos los hombres, incluso a los más aislados, cualquier lugar del mundo, por remoto que sea, con una eficacia nunca antes alcanzada. Paisajes, ciudades, acontecimientos, personas, rostros humanos en su expresión efectiva, en movimiento. El enriquecimiento es asombroso.

Añádase a esto el elemento de *ficción* que la televisión lleva consigo: cuenta historias, sucesos imaginarios, originales para la televisión misma o procedentes de la literatura, la novela, el teatro o el cine. Permite el conocimiento por millones de personas de obras que antes eran patrimonio de millares, en el mejor de los casos.

Todavía hay algo más: por primera vez en la historia se ha mostrado al conjunto de la humanidad el rostro de muy diversas personas, con su expresión propia, sus gestos, su palabra. Podemos ver *quiénes* son aquellos que aparecen en la pequeña pantalla, viviendo ante nosotros, en nuestra casa.

La televisión es un fabuloso instrumento de dilatación de la vida, a escala universal. Representa el paso a otro *orden de magnitud*, algo que acontece muy pocas veces en la historia. Esto significó a fines del siglo XV la imprenta respecto a los manuscritos anteriores, pero la televisión tiene mayor amplitud y difusión.

La televisión permite comprender innumerables cosas; es decisivo que la contemplemos en nuestras casas, en soledad o con las personas próximas, con posibilidad de reflexión y crítica. Siempre he pensado que la fascinación de Hitler y el nacionalsocialismo hubiera sido imposible en la televisión: lo que se hizo mediante los altavoces, las banderas y estandartes, la oratoria histérica y demencial, habría parecido ridículo e intolerable en nuestra habitación, a pocos decímetros de distancia, en soledad o en el seno de la familia. La contemplación del rostro es lo más revelador, aquello de que se puede uno fiar, la orientación más segura si se fija la atención y se hace caso de lo que se ve.

Entonces, ¿por qué la televisión ha llegado a ser un problema universal, una de las mayores amenazas a la libertad, al equilibrio, a la capacidad de elegir, a la orientación de la vida?

La televisión es una técnica que manejan, tal vez manipulan, equipos de hombres que administran un poder extraordinario. Imponen una selección de lo que se ve, de lo que presentan. Y esa selección constituye un privilegio de algunas porciones de la realidad, en detrimento de otras que quedan ocultas y en silencio. Hace poco me han pedido que hable de los efectos del pensamiento de la generación del 98; acepté, hasta que me explicaron que dispondría de *tres minutos*. Se me invitaba a ser un fantasmón, ávido de aparecer en la pantalla, no a explicar nada interesante y comprensible; se dedican quince o veinte minutos a comunicar y explicar la lesión de un jugador de fútbol y su expectativa de recuperación.

Aparecen en la pantalla unos cuantos rostros, cuidadosamente elegidos, cientos de veces, tal vez en la interesante operación de ponerse una chaquetilla; o, cada vez que se menciona un asunto que puede ser añejo se acompañan las fotografías impresas centenares de veces en la percepción de millones de espectadores.

Los llamados “debates” suelen ser discusiones de personas que carecen de toda calificación y autoridad, que pontifican impunemente sobre las más complejas y delicadas cuestiones, casi siempre desde la irresponsabilidad y la voluntad de escarnio.

Mientras se tasan avaramente los minutos para los asuntos importantes, se hacen tertulias vergonzosas que se extienden durante dos o tres horas, dedicadas por lo general a airear la intimidad de quienes la venden o son asaltadas y despojadas de ella.

La ficción que en la televisión se sirve puede ser de valor considerable, cuando se basa en obras interesantes y dignas o son historias inventadas para ese medio con talento y sentido de la responsabilidad. Pero por lo general consisten en una apelación a los estímulos más bajos y degradantes, a formas de vida de un primitivismo penoso, a la zafiedad y chabacanería, al destrozamiento de la lengua. Son instrumentos de rebajamiento humano, de regresión a un primitivismo aliado con la pedantería.

¿De qué libros, autores u obras de arte se habla en la televisión? Una enumeración, acompañada de la lista de las “omisiones”, sería algo aleccionador y que daría mucho que pensar.

Se presentan como algo admirable actitudes o acontecimientos históricos que deberían provocar repugnancia, se presentan con elogio figuras cuya realidad tal vez ha sido o es intolerable. Y frente a esto habría que poner los innumerables silencios de lo que merecería un conocimiento universal.

El poder de la televisión es enorme, y conviene averiguar cual es su zona de aplicación y también sus limitaciones. Creo que el incremento de los medios de comunicación en nuestro tiempo, y la televisión muy principalmente, ha alterado el mecanismo de variación y transformación de la sociedad. Las *vigencias* sociales solían estar sólidamente arraigadas y cambiaban lentamente. Hace cosa de medio siglo, en mi libro *La estructura social*, estudié minuciosamente el proceso de gestación, afianzamiento, debilitación y sustitución de las *vigencias*. En los últimos decenios esto ha experimentado una enorme aceleración. Las *vigencias* que parecían fuertemente arraigadas parecen prendidas con alfileres; son rápidamente sustituidas por otras que si se mira bien tampoco tienen gran consistencia. Esos cambios vertiginosos son operados por la televisión y pueden ser decisivos por ejemplo para ganar o perder unas elecciones. El influjo en ellas, multiplicado por los “sondeos” y “encuestas”, es capital. Lo que no es casi nunca es duradero; los cambios profundos de opinión son influidos mucho más por los escritores, libros, periódicos, que operan sobre minorías pero de manera continuada; y esas minorías actúan a su vez sobre grandes mayorías.

Lo evidente es que la televisión permite la *manipulación* que es ejercida metódicamente por gran parte de ella. Más grave es que esa manipulación es *permitida* por aquella porción que no puede ser partidista porque representa al conjunto de los españoles y por eso tiene estricta obligación de veracidad, en primer lugar, y de un nivel aceptable de decoro y dignidad. Gran parte de lo que esta televisión sirve representa algo muy próximo a lo que es resuelta y deliberadamente manipulado. Por eso la televisión en España —creo que no solo en España, pero es lo que conozco bien y sobre lo que se puede actuar— es un problema capital, que está comprometiendo nuestras mejores posibilidades.

Tengo la impresión de que los que deberían enfrentarse con esa situación no se dan cuenta de ella. Es probable que apenas ven la televisión, por falta de tiempo y por desánimo. Acaso no miden el alcance del deterioro que se está produciendo en los estratos más hondos de la sociedad española en la siembra de desorientación, desmoralización, zafiedad, complacencia en lo inferior, creencia de que esa es la realidad española.

Es también probable que no sepan bien cómo plantear ese problema, que no tengan ideas claras de cómo debería ser una televisión libre, veraz, independiente, exigente. No es fácil pero nadie ha dicho que sea fácil conducir un país por una vía adecuada y que responda a su realidad y a lo que es deseable.

Solamente una modesta fracción de lo que puede verse en las pantallas de la televisión en España alcanza el nivel exigible; la mayoría de los contenidos son negativos, inquietantes, peligrosos; si se invirtiera esa proporción, habría un término de comparación y los espectadores podrían ir relegando libremente lo indeseable al lugar que le corresponde.